

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LA PAZ

Catedral de La Habana, 1 de enero de 1990

Autoridades de la nación.

Excelencias, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático.

Queridos hermanos y hermanas:

En la octava de la Navidad, fiesta de la Paz traída a la tierra por el Hijo de Dios que nos ha nacido; junto a María Virgen, cuya Maternidad hoy exaltamos en su hondo significado para la Iglesia y para toda la humanidad; los católicos del mundo entero, convocados por Su Santidad el Papa Juan Pablo II y unidos espiritualmente a todos los hombres de Buena Voluntad, celebramos la Jornada Mundial de Oración por la Paz.

En nuestro Mensaje para la Navidad de 1989, los obispos cubanos instamos a los fieles católicos a orar, dando gracias a Dios, por los frutos de Paz y libertad alcanzados en el mundo en este año que acaba de concluir.

No habían ocurrido, en el momento de redactar nuestro mensaje, los sangrientos sucesos de Panamá y de Rumanía que, indudablemente, han ensombrecido el límpido cielo de Navidad donde debe brillar la estrella que anuncia la venida al mundo del Príncipe de la Paz.

Las sangrientas y tristes lecciones de la historia quedan como rojizos resplandores que, a falta de estrellas, pueden aclarar la noche oscura de los pueblos. La corrupción, el abuso del poder, el desoír el clamor de las gentes empobrecidas y agotadas exacerbó los ánimos en un caso y ofreció justificaciones en otro para acciones de espantosa violencia, como la sumaria sentencia y rápida ejecución del jefe del Estado de Rumanía y su esposa, si bien nos horroriza el altísimo número de muertos que la represión cruel y despiadada, desatada por ellos mismos, había producido.

Ambigua también se mostraba la situación en Panamá. Por las repetidas cartas pastorales de nuestros hermanos obispos de aquel país estábamos al corriente de la degradación de la gestión pública en la República istmeña, así como de la corrupción de sus principales gestores. Pero la ocupación militar violenta, con tan alto costo de vidas, nos remite siempre a la pregunta esencial de los que buscamos promover la Paz: ¿no había otros métodos que no sean los violentos para cambiar situaciones de injusticia?

Y una nueva pregunta aflora espontánea en esta indiscutiblemente nueva hora de la historia que se inicia con el creciente entendimiento entre las llamada superpotencias y los cambios radicales en los países de antigua y noble civilización de Europa Central: ¿serán olvidados en la consideración de los grandes problemas mundiales los países pobres de América Latina y las vastas y depauperadas naciones de África y algunas regiones de Asia?

¿Se centrarán las naciones con gran poder económico en la nueva realidad europea, dejando de tener en cuenta la gravedad de la situación económica de nuestros países asfixiados por una deuda que requiere esfuerzos mundialmente coordinados para enfrentarla?

Porque es necesario ir a las raíces de los conflictos para resolverlos.

Los países pequeños, jóvenes o pobres no deben quedar a merced de los más poderosos; tampoco deseamos una correlación de fuerzas que ponga al mundo en un nuevo y extraño equilibrio siempre inestable.

Por eso ahora resuenan más fuerte los llamados de los Papas en favor de la Paz, haciendo siempre clara alusión a las causas que la impiden o retrasan. No olvidemos los lemas que año tras año han sido un llamado a las conciencias y una fuerza inspiradora para quienes trabajan por la Paz. Ellos, por sí solos, delinean un programa para la Paz. El primero de estos, en orden de prioridad evangélica: «*Todo hombre es mi hermano*». Porque si no hay una consideración amorosa del prójimo como hijo de un Padre común que nos hermana a todos en el respeto de la inviolabilidad de cada persona y en el disfrute de los bienes por el uso adecuado de ellos, es imposible ser pacífico.

Más los deseos de Paz inspirados en el amor cristiano exigen esfuerzos concretos y una lucha incansable por eliminar las causas de la ausencia de Paz. «Si quieres la Paz, trabaja por la justicia», «desarrollo es el nuevo nombre de la Paz», «desarrollo y solidaridad: dos claves para la Paz», «si quieres la Paz defiende la vida», «no a la violencia, sí a la Paz».

Este programa para la Paz, que contiene también un método de lucha que ha sido esbozado en los temas de las Jornadas de Oración de cada año, requiere de lo que el Papa Juan Pablo II presentó como condición indispensable en su mensaje para la primera Jornada de la Paz de su Pontificado: «Para lograr la Paz, educar para la Paz», porque la «Paz nace de un corazón nuevo», nos dice también el Santo Padre en su mensaje del 1 de enero de 1984.

El Papa Pablo VI, en su mensaje para la Jornada de Paz de 1976, decía: «La Paz se afianza solamente con la paz; la paz no separada de los deberes de la justicia, sino alimentada por el propio sacrificio, por la clemencia, por la misericordia, por la caridad».

En su encíclica *Pacem in terris*, el Papa Juan XXIII recordaba que, para que haya Paz, esta debe estar fundada además de en la verdad, la justicia y el amor, en la libertad.

A este último respecto expresaba el Pontífice: «la convivencia entre los hombres tiene que realizarse en la libertad, es decir, en el modo que conviene a la dignidad de seres llevados por su misma naturaleza racional, a asumir la responsabilidad de las propias acciones». Y añade Juan XXIII: «Convivencia fundada exclusivamente sobre la fuerza no es humana. En ella, efectivamente, las personas se ven privadas de la libertad en vez de ser estimuladas a desenvolverse y perfeccionarse a sí mismas».

De todo lo dicho se desprende que la Paz sigue siendo un anhelo de un estado superior de la humanidad aún no alcanzado porque faltan las condiciones indispensables para ella: porque falta amor, falta justicia, falta libertad en muchos lugares de la tierra.

Los que vivimos en estas regiones del mundo tanto como los que habitan en Europa y América del Norte debemos percatarnos de que la Paz está en peligro mientras no sea considerada globalmente en todas sus implicaciones y en todos sus riesgos para todos los habitantes del planeta.

En su Mensaje para la Jornada de la Paz de este año, el Papa Juan Pablo II comienza constatando que: «En nuestros días aumenta cada vez más la convicción de que la Paz mundial está amenazada, y las injusticias aún existentes en los pueblos y entre las

naciones, así como por la falta del debido respeto a la naturaleza, la explotación desordenada de sus recursos y el deterioro progresivo de la calidad de la vida». Este año, el Santo Padre nos habla del debido respeto a la naturaleza para el logro de una Paz verdadera. «*Paz con Dios Creador, Paz con toda la Creación*» reza el lema de la Jornada de este año que se preocupa por favorecer una conciencia ecológica en la humanidad actual. Es verdad que un hombre irreconciliado con su entorno natural difícilmente estará en armonía con Dios y con sus hermanos y más difícilmente aún podrá ser un trabajador por la Paz.

Y hace falta, queridos hermanos y hermanas, que todos seamos activos propagadores de un clima de paz en el amor para que el hombre pueda recobrar su esperanza. En nuestro Mensaje de Navidad, los obispos cubanos invitamos a nuestros hermanos a vivir «el amor evangélico como actitud y compromiso concreto en todos los planos».

Esto «trae consigo una invitación a vivir, consolidar y abrir cauces a la esperanza, cuando vemos a nuestro alrededor a muchas personas tentadas por el desaliento».

Y se plantea nuestro Mensaje todos los requerimientos para que entre nosotros, cubanos, crezca la esperanza: lo expresamos de este modo:

«Pero si es necesario, para hacer fuerte la esperanza, constatar lo alcanzado en clave de amor solidario, lo que nos permite, a unos y a otros, asumir, con realismo y sabiduría cristiana, la actitud de la pobreza y la causa de los pobres; también es necesario, como exigencia de esa misma virtud y el amor de la misma causa, verificar con sinceridad, sin formalismo ni absolutismos paralizantes, lo que nos falta por alcanzar y lo que es posible alcanzar, promoviendo con creatividad mayores niveles de participación que no necesariamente debe conducir a proyectos desfasados, que ocultan, en el fondo, sea un egoísmo individualista o un colectivismo asfixiante, tan ajenos a las necesidades y al sentir de gran parte de nuestro pueblo, como extraños a la opción preferencial que la Iglesia en Cuba y el continente ha hecho por los pobres. La mayor y mejor participación abrirá otros cauces a la esperanza. Porque la esperanza de los pobres en nuestra América, de la que Cuba es parte integrante e irrenunciable, necesita proyectos de un verdadero humanismo renovado, abierto a su propia crítica, a su mejoramiento, a la realidad del país y acorde entre nosotros al desarrollo social alcanzado hasta hoy».

Y continuamos diciendo en nuestro mensaje los obispos:

«Con nuestra invitación a vivir en el amor y a posibilitar la esperanza, creemos que estamos contribuyendo realmente al incremento de la justicia y de la paz verdaderas en nuestra nación cubana. Estamos convencidos, asimismo, de que el amor fraterno y misericordioso y la esperanza favorecen el clima de serenidad, por y para el diálogo nacional, en estos momentos en que el mundo respira aliviado de algunos de sus conflictos y de las causas que lo han originado».

A sus oraciones y su quehacer de cristianos, confío, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles todos, estos buenos propósitos y pido al Señor en estas Fiestas de Navidad y Año Nuevo que haya oídos receptivos capaces de captar el amor y la buena voluntad con los que hacemos este llamado.

La Eucaristía, ofrenda de Cristo por todos los hombres, es siempre un reclamo de Paz y una invitación a trabajar por alcanzar esa justicia, esa verdad y esa libertad que la hacen posible. Cristo-Eucaristía debe ser también para nosotros el alimento que no nos deje

desfallecer en el camino de búsqueda de una Paz verdadera. En Jesucristo, Príncipe de la Paz, ponemos nuestra esperanza.